

tancia, porque confirmaba para siempre la separación del cristianismo y del judaísmo, y ponía el sello á la supremacía de la iglesia de Roma, haciendo adoptar generalmente el uso practicado por ella de solemnizar la Resurrección del Salvador el domingo en que cae la luna llena más próxima al equinoccio de la primavera ó el domingo siguiente.

Se pronunció la exclusión de las sagradas órdenes contra aquellos á quienes un celo excesivo impulsaba á hacerse eunucos; esta era la condena de la secta de los valesios, que existía á la sazón entre el Jordán y la Arabia. Prohibiendo á todo eclesiástico el cohabitar con mujeres, aunque se autorizara después á las diversas iglesias á seguir en esto sus usos particulares, si bien intimando á todos observar una extremada severidad de costumbres. Debieron ser los obispos instituidos por tres prelados á lo ménos de la misma provincia y confirmados por el metropolitano.

Las decisiones del concilio fueron notificadas á todo el imperio, y Constantino escribió con este motivo cartas más numerosas y largas que las que habían escrito hasta entonces sus predecesores. Además desterró á Arrio; pero al cabo de cuatro años fué indultado, á instancias de su hermana Constancia, en la incertidumbre de si había sido víctima de calumnias. Hasta escribió á Atanasio, ya obispo de Alejandría, á fin de que consintiera en admitir al hereje en su iglesia, á lo cual se negó decididamente. Sería prolijo referir las calumnias, las tramas, los conciliábulos con cuyo auxilio procuraron los arrianos perder á sus adversarios más enérgicos, y especialmente á Atanasio, que, acusado de impudicia, de violencias, de homicidios, fué llamado á disculparse ante un concilio congregado expresamente en Tiro. Previendo Atanasio el resultado, corre á Constantinopla y mantiene secreta su llegada para que no se le pueda negar una audiencia. Constantino, á quien se presenta de improviso en su viaje, aunque descontento al pronto de aquel encuentro inoportuno, quedó sorprendido de su energía y de su elocuencia, y le dejó exponer libremente la trama urdida en contra suya en el concilio.

Le acriminaron los padres con una acusación de nueva especie de haber detenido

los buques despachados desde Alejandría para abastecer á la capital. Aunque convencido el emperador de la inocencia de Atanasio, juzgó conveniente tenerle distante de su trono y le envió á la corte de Tréveris, donde permaneció veinte meses.

Entonces cobraron la ventaja sus adversarios, y Arrio, cuya fecundidad en expedientes era inagotable, no se cansaba de inventarlos. Unas veces clamaba contra la introducción en el dogma de un vocablo extraño á las Santas Escrituras, otras contra la presunción que había, en su concepto, de querer definir absolutamente cosas impenetrables; otras sustentaba sus opiniones delante de nuevos concilios; otras sorprendía al emperador, mal teólogo, con profesiones de fé capciosas; de tal manera que éste ordenó por último al obispo de Constantinopla recibir en la comunión á Arrio. Pero en el momento de dirigirse al templo el hereje, se sintió atacado de dolores de entrañas, y habiéndose retirado se le halló muerto en su sangre (336), ya fuera por milagro, por casualidad ó por delito.

No se extinguió el incendio con él, antes bien estalló con más violencia. Publicaron los arrianos diez y ocho símbolos en el transcurso de pocos años; decían en sentido contrario los concilios; se sucedían las persecuciones, ora contra un partido, ora contra otro, y se lamentaba de ello Hilario, obispo de Poitiers, en la forma siguiente: «Es deplorable y no ménos peligroso que haya tantos símbolos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, tantas fuentes de blasfemias como imperfecciones hay entre nosotros; porque hacemos símbolos á medida de nuestro antojo, y nos los explicamos según nuestro capricho. Diferentes sínodos han desechado, admitido é interpretado la palabra *omousion*; dispútase donde quiera sobre la igualdad parcial ó total del Padre y del Hijo, y cada año ó más bien cada mes, aparecen nuevas fórmulas para explicar invisibles misterios. Nos arrepentimos de lo que se ha hecho, defendemos al que se arrepiente, reprobamos lo que habíamos defendido primero, condenamos en nosotros mismos la doctrina ajena, la nuestra en otros, y desgarrándonos mutuamente hemos sido causa de una recíproca ruina.»

## CAPITULO V

Teodosio

Animado de sentimientos más generosos y deseando sinceramente el bien público, Graciano, soberano del mundo á la edad de diez y nueve años, tuvo suficiente virtud para conocer que no podía sostener por sí sólo tamaña carga. Tenía delante de sí un millón de godos envanecidos por la matanza de cuarenta mil guerreros, habiéndoles entregado sus armas y sus caballos una victoria tan insigne, que uno de sus jefes exclamaba: *Por lo que á mí hace, estoy cansado de matar, y me extraña mucho que un pueblo que así huye delante de nosotros, ose todavía disputarnos sus bienes y sus provincias*. Detrás de él se agitaban los germanos amenazando las Galias. Mostrándose terribles los persas á una extremidad del mundo romano y los scotos á la otra; habiendo aprendido todos por experiencia que Roma podía ser vencida y que sus emperadores podían ser encadenados ó muertos.

Resolvió, pues, escoger para colega suyo, no á un niño, á quien la casualidad hiciera nacer bajo la púrpura, sino á un hombre de valor igual á la gravedad de las circunstancias, y fijó sus ojos en un desterrado, en un guerrero ofendido que no ambicionaba el trono, en el cual no pensaba siquiera. Ya hemos hablado muchas veces de Teodosio, nacido en España, que hizo triunfar las armas de Valentiniano en Africa y en Bretaña (376), pero á quien la rivalidad valió una desgracia y por fin la muerte.

Se había esmerado en dar á su hijo, llamado también Teodosio (nacido en 346) una educación liberal, al mismo tiempo que le acostumbra con su ejemplo á la disciplina militar, y el mancebo tuvo numerosas ocasiones de acreditar su valor contra los más diferentes enemigos. Sus talentos militares y su denuedo sin igual, le valieron ser nombrado duque de la Mesia, que salvó de los sármatas; pero no le perdonó la envidia de los ciudadanos, y cuando su padre fué condenado á muerte se retiró á su patria, donde dividió su tiempo entre sus deberes de ciudadano y la tranquila administración de un vasto dominio que poseía en Cauca,

entre Valladolid y Segovia. Era padre de tres hijos, Arcadio, Honorio y Pulcheria.

Allí fué donde el Cincinato de la decrepita Roma oyó llegar hasta su morada (19 de Enero de 379) la voz de Graciano, que le llamaba ante todo á combatir en defensa del imperio, y á ser después partícipe del trono. Tenía el emperador bastante fé en Teodosio para temer que la venganza pesara más en su corazón que el bien público. Acababa de cumplir entonces 33 años, y el pueblo, que admiraba su varonil belleza, su ademan majestuoso, moderado por la gracia, recordaba agradablemente que su patria era la de Trajano y de Adriano, de quienes se esperaba que siguiera las huellas.

Tocáronle á Teodosio las provincias gobernadas por Valente, y además la Dacia y la Macedonia; Graciano se reservó la Galias, España y Bretaña. La Iliria occidental, la Italia y el Africa, quedaron en el nombre bajo la autoridad de Valentiniano.

El desaliento en que la derrota de Andriánópolis había sumido á los romanos, era mayor que el estrago efectivo, y hacia considerar como irremisiblemente perdido un imperio cuyos abundantes recursos bastaban á reparar más enormes desastres. Mas para no arrostrar un enemigo lleno de orgullosa confianza con tropas desalentadas, Teodosio estableció sus cuarteles en Tesalónica, desde donde podía observar los movimientos de los bárbaros y dirigir á sus tenientes. Hizo reforzar las guarniciones y aumentar los medios de defensa de las ciudades, restableció el orden y la disciplina, y reanimó el valor con ayuda de pequeñas escaramuzas que no tenían otro objeto que aguerrir á los soldados, poniéndoles de manifiesto que los bárbaros no eran invencibles.

Teodosio había comprendido como hombre prudente que un pueblo entero no podía permanecer en cuerpo de ejército por largo tiempo. Con efecto, á la muerte de Fritigerno, se diseminaron los godos por bandas, que recorriendo el país en todas direcciones, destruían á su tránsito lo que no podían llevar consigo, y preparaban con aquellos momentáneos triunfos su futura ruina. En breve se suscitó entre ellos la discordia, prestándose poco los intereses particulares de cada una de sus tribus al pensa-

miento único de la conquista. Modar, príncipe de la raza de los Amalos, se pasó á los romanos, y habiendo obtenido un mando de importancia, atacó de improviso á sus compatriotas, los hizo pedazos y volvió al campamento con un inmenso botín y cuatro mil carros. Entonces los restos del ejército de Fritigerno se reunieron voluntariamente á los compañeros de Atanarico, que espectador hasta aquel momento de la lucha, salía entonces de su retiro. Pero en vez de guiar á los godos á nuevos combates, prestó oídos á las proposiciones de Teodosio, que, habiéndole salido al encuentro á distancia de muchas millas, le llevó á Constantinopla, donde le trató con amistosa magnificencia. Asunto de tristes reflexiones hubo de ser para los admiradores del antiguo tiempo ver la majestad del imperio envilecerse hasta el punto de hacer la corte á un bárbaro. El rey godo, para quien Constantinopla era objeto de admiración continua, exclamaba que el emperador de los romanos era un dios sobre la tierra, y que levantar la mano en contra suya era hacerse culpable hasta el punto de merecer la muerte.

Murió dentro de los muros de aquella capital, y mandándole hacer Teodosio magníficas exequias, se grangeó el afecto de sus godos de manera que se alistaron á porfía bajo sus banderas. A ejemplo suyo todos los jefes de banderas se apresuraron á obtener su tratado particular, hasta el extremo de que aquellos que amenazaban el imperio cuatro años antes, le prestaron entonces auxilio con sus armas.

Acosados también los ostrogodos por el deseo de buscar nuevas aventuras, habían abandonado las provincias del Danubio; retrocediendo luego se preparaban á pasar el río, cuando el general romano hizo que les insinuaran hombres traidores que atacaran el campamento por sorpresa. En medio de la oscuridad de una noche se metieron todos en barcas hechas de un solo tronco de árbol, y se adelantaron hacia la orilla; pero cuando se acercaron á ella chocaron en una triple hilera de buques encadenados que rompieron su línea, mientras que cayendo galeras empujadas por la corriente y á fuerza de remo sobre aquella flotilla, la echaron á pique con el rey que la mandaba.

Imploraron gracia los vencidos, y así fué como Teodosio, no teniendo ya que temer nada de aquella gran nación dominada en todos los puntos, la distribuyó por numerosas colonias en la Tracia, en la Frigia, en la Lidia y en otras comarcas fértiles, hoy día desiertas, eximiéndoles de impuestos y suministrándoles bestias y granos. Reunidos allí en aldeas conservaron los godos su idioma, sus usos y su tosca libertad, reconociendo la supremacía del emperador, pero no quisieron aceptar las leyes ni la jurisdicción de los magistrados del imperio. Ya no tuvieron más reyes, y mandaron tanto en paz como en guerra los jefes de las tribus y los de las familias. El contingente que suministraban al ejército para servir á las órdenes de generales escogidos por el emperador, era de cuarenta mil auxiliares, bajo el nombre de federados, distinguidos por collarines de oro, y disfrutando de un pingüe salario y de grandes privilegios.

Divulgóse entre ellos la civilización en sus nuevas habitaciones con el cristianismo; se dedicaron á la agricultura, y el capadocio Ulfila, su obispo, acomodó el alfabeto griego á su idioma, al cual tradujo los Evangelios; pero comunicó á su grey el arrianismo.

Amaban los godos á Teodosio, como si su conducta fuera hija del afecto que les profesara. Aflijíanse en su consecuencia los romanos, y sin embargo, se resignaban pensando en los estragos de la guerra, en la imposibilidad de desembarazarse de otro modo de aquellas formidables tribus; por otra parte, esperaban que la civilización y las ideas religiosas suavizaran aquellos ánimos indóciles, y les parecía cómodo ser defendidos por extranjeros brazos.

¡Cuántas veces no han sido defraudados los pueblos en sus más caros intereses por estos nombres de paz y de seguridad! Para todo el que reflexiona era fácil prever que los ciudadanos perderían en breve de aquel modo el hábito de las armas, y que se hallarían entregados sin defensa á la invasión extraña ó á la rebelión doméstica. Teodosio fué poderosamente auxiliado en sus guerras por los godos; pero ¿qué confianza se podía depositar en gentes que por interés ó por ligereza desertaban en medio de una campaña ó se entregaban al saqueo en las provincias amigas, y cuyo soberbio conti-

nente revelaba en tiempo de paz el desden que el hombre sin educación alimenta respecto de todo el que parece cederle en fuerza? Entre los mismos godos federados había algunos que, más inclinados á la tranquilidad y más fieles, tenían por caudillo á Fravitta, jóven de sentimientos generosos y de suaves costumbres, á la par que el feroz Priulfo, siempre propenso á los partidos extremos, no conocía más omnipotencia que la de la espada. Ambos se hallaban un día á la mesa de Teodosio en ocasión de una solemnidad, cuando olvidando el respeto en medio de las copas, pasaron á vías de hecho. El primero dió muerte al segundo, que hubiera sucumbido á los golpes de los soldados de Priulfo á no ser defendido por los guardias del emperador.

Encontrábase encomendada la fortuna romana á dos príncipes de mérito efectivo. Graciano puso freno á las persecuciones que los arrianos habían ejercido en Oriente, proclamando que erantoleradas todas las creencias cristianas. También protegió las letras y las cultivó él mismo, hallando en medio de las fatigas de la guerra espacio para cantar las hazañas de los héroes y para pulsar la lira con una mano acostumbrada á manejar la espada. Confirió el consulado á Ausonio, su maestro, con el derecho de gastar una toga semejante á la que se vestían los emperadores para el triunfo, y mantuvo continuas relaciones de amistad con San Ambrosio, obispo de Milan. Pero el fin de su reinado no correspondió á la manera con que lo inaugurara, pues habiendo muerto los que le habían inclinado al bien, le extraviaron indignos cortesanos.

Tan pronto entablaba vanas discusiones con los obispos, cuya intolerancia secundaba á veces, como prodigaba en partidas de caza su tiempo y sus tesoros. Un cuerpo de alanos, gentes habilísimas en este ejercicio, habían merecido por esta circunstancia su particular valimiento; los había confiado la custodia de su persona, y se presentaba frecuentemente á las legiones vestido y armado á la usanza de estos septentrionales. De este modo se enajenaba el afecto de los soldados sin emplear con ellos un rigor ajeno de su carácter. Por último, vino á estallar una sedición militar en la Bretaña.

No habiendo obtenido Máximo, favorito de Teodosio, su compatriota y compañero de ar-

mas, un puesto que satisficiera su ambición, fomentó el descontento de las tropas, y haciéndose proclamar emperador, pasó á las Galias, según se dice, con treinta mil soldados y cien mil bretones. Animoso y digno del trono, si hubiera aspirado á obtenerlo por medios más honrosos, reclutaba cada día nuevos parciales, y aún aquellos más próximos á Graciano abrazaban su causa.

Este huía de París á Lion para acercarse á Italia, cuando cayendo en un lazo fué muerto á la edad de veinte y cuatro años (25 de Agosto de 383). Había reinado diez y seis años á contar desde el tiempo en que había sido nombrado Augusto, y ocho desde el día en que sucedió á su padre.

Meltobaldo, rey de los francos, y Valion, ambos generales de Graciano, fueron los únicos que el usurpador condenó á muerte. Se asoció á Flavio Victor, su hijo, y fijando su residencia en Tréveris, extendió su autoridad á la España, á la Galia y á la Bretaña. Los que habían abandonado esta isla con Máximo, se establecieron en la Armórica, que desde entonces fué también denominada Bretaña.

Máximo envió su primer guardasellos á Teodosio (384), para justificarse y pedirle que le reconociera por colega, pronto, en el caso de una negativa, á hacerle frente con las fuerzas de los países más florecientes del imperio. La necesidad y el deseo de evitar una guerra civil determinaron á Teodosio á acceder á su deseo. En todas partes fueron proclamados los tres emperadores (19 de Enero de 389), y Arcadio, de edad de seis años, fué proclamado Augusto por su padre.

No sabiendo Máximo limitar su ambición á tres vastos reinos los esquilmo para armar una multitud de bárbaros contra Italia. Bajo pretexto de suministrar auxiliares envió allí un cuerpo de tropas, que pasando los Alpes sin esgrimir las armas, le aseguró la entrada de la Península; Valentiniano y Justino, que reinaba en su nombre, huyeron entonces de Milan, y ganaron á Tesalónica, donde fueron recibidos por Teodosio con todos los miramientos debidos á su clase y á su infortunio. Después de haber debatido por largo tiempo en su consejo la cuestión de declarar la guerra á Máximo, se decidió á ello; determinado también por los

encantos de Galla, hermana de Valentiniano, á quien tomó por esposa.

Después de haber hecho su entrada triunfal en Milan, volvía Máximo á sus cuarteles de la Pannonia, cuando adelantándose Teodosio á la cabeza de un ejército aguerrido, cayó sobre él con tal velocidad que le encerró en Aquilea. Allí fué preso (27 de Agosto de 388), despojado por los suyos y conducido á presencia de Teodosio, quien le hizo dar muerte para vengar á Graciano. Habiendo puesto así término á la guerra civil entró en triunfo en Roma, y tenía derecho á ello. Había reprimido á los bárbaros; reclamaban su amistad los persas; sus súbditos le daban testimonio de su amor y de su agradecimiento. Casto y morigerado en sus costumbres privadas, aunque naturalmente inclinado á los placeres del amor y de la mesa, se mostró afectuoso y complaciente con sus deudos, y educó á sus sobrinos como á sus propios hijos. Afable en la conversacion cambiaba de tono segun las personas á quien se dirigia. Escogía sus amigos entre los hombres de más estima, daba los empleos y las recompensas á quienes se hacian más dignos de ello, no le inspiraba el mérito ninguna envidia, ni olvidaba jamás los beneficios. En medio de los cuidados que reclamaba tan vasto imperio, le quedaban algunos ocios para consagrarse á la lectura, especialmente de la historia, juzgando los sucesos antiguos, indignándose de las crueldades de Cinna, de Mario, de Sila, y buscando en lo pasado lecciones para lo venidero.

No le cegaba la prosperidad y extirpó hasta los gérmenes de la guerra civil con el perdón y con la templanza. Tomó bajo su protección la anciana madre de Máximo, educando á sus hijas, y envió socorros y larguezas á las provincias que se habian sublevado. Es verdad que el triunfo que aseguró al cristianismo y á la fé ortodoxa hizo que le prodigaran elogios todos los creyentes; si bien por otra parte sus más encarnizados enemigos no pudieron negarle relevantes prendas. Censúrasele por sus voluptuosos solaces tan luégo como cesaron las lides; pero para templar el aserto de un escritor hostil á su persona, conviene decir que no reconocia por causa el ejemplo del emperador la indolencia con que se entregaban los ricos de entonces á los deleites mundanos; era resultado de las cir-

cunstancias, de aquella incertidumbre del mañana, que arrancaba toda noble esperanza y convidaba á gozar á ciegas de una vida siempre próxima á extinguirse.

Su valor rayaba á veces en lo temerario. Constantemente ocupado Zozimo en denigrarle, cuenta que hallándose infestada la Mecedonia de bárbaros, que habian empuñado las armas á instigacion de Máximo, y cuyas guaridas no podian ser descubiertas, se puso á perseguirles Teodosio personalmente. Acompañado solo de cinco hombres decididos llevando cada uno tres caballos de remuda, hizo una batida en el país disfrazado, y alimentándose con lo que encontraba en las chozas de los montañeses. Habiendo llegado de noche á una miserable taberna reparó allí en un hombre que parecia observarlo todo y á quien tuvo por sospechoso; mandó que le prendieran y le pusieran en el tormento, y dándose á conocer le indujo á que se declarara espía de los bárbaros. Las noticias que adquirió de su boca le pusieron en disposicion de atacarles, lo cual hizo con grave riesgo de su vida.

En un tiempo en que se disolvía el Estado no perdió una pulgada de territorio; vióse obligado no obstante á aumentar los impuestos y á administrar con un rigor próximo á la tiranía, único refugio del decadente imperio. Acrecentaban aún más aquel rigor accesos de cólera á que se abandonó á veces hasta el punto de conservar eterno arrepentimiento. En vano su excelente esposa Flacilla procuraba entonces moderarle, murmurando á su oído: *Acuérdate de lo que eras y de lo que eres.*

El décimo año de su reinado debia ser celebrado con solemnidad, y habia mandado que se distribuyera una gratificacion en dinero á cargo de los ciudadanos, á los soldados. Contra esta obligacion empezaron á murmurar los habitantes de Antioquia; exasperados luego por la actitud severa de los magistrados pasaron á las injurias, y derribando las estatuas del emperador y de su familia las arrastraron por las calles. Reprimió la sedicion un cuerpo de arqueros; inmediatamente después los que temblaban poco antes y los que amenazaban enviaron al emperador, cada cual por su parte unos un relato acusador, otros súplicas y ruegos. Fácilmente se puede imaginar la ansiedad

de los ciudadanos, durante el intervalo de tiempo que tardaron en llegar aquellos despachos á la capital, á quinientas millas de distancia. Al fin llegó la sentencia después de veinte días de cruel incertidumbre. Habia indignado al emperador especialmente la circunstancia de recibir aquel ultraje de Antioquia, ciudad que habia hermoñado y donde habia residido algun tiempo. Allí se habia hecho amar Flacilla, visitando á los pobres y enfermos, en las casas y en los hospitales, cuidándoles con sus propias manos, distribuyéndoles víveres y socorros, y velando por ellos. Condenó, pues, á Antioquia á ser despojada de todas sus prerogativas y rentas y á ser subordinada á Loadicea; á la clausura de los baños, del teatro y del circo; á no tener ya distribuciones de trigo. El general Ellebico y el ministro de las dependencias estaban designados para citar á su tribunal en el foro á los nobles y á los principales ciudadanos, y encargados de investigar con ayuda del tormento á cuantos habian insultado á las estatuas imperiales, á fin de que fueran castigados con la confiscacion y con la muerte.

El obispo Flavio partió de Antioquia para apelar á la clemencia de Teodosio. Permaneciendo Juan Crisóstomo en medio de los ciudadanos les presentaba aquella prueba como un castigo de sus pecados, empleando razones y súplicas en favor de los infelices á quienes procuraba prodigar consuelos. «Esta ciudad se halla despoblada por el miedo y por el infortunio, la patria, cosa la más dulce para los hombres, ha venido á ser la más amarga. Huyen los ciudadanos del lugar que les ha visto nacer como se huye del suplicio; se alejan de él como de un abismo; le evitan como un incendio. Cuando se prende fuego á una casa, no sólo la abandonan los habitantes, sino que hasta las casas vecinas quedan desiertas; todo se desampara á trueque de salvar la vida. Así mientras la cólera del emperador pesa sobre esta ciudad como las voraces llamas, todos huyen antes de que el incendio propague sus estragos, y se considera como una felicidad poder sobrevivir á ellos.»

En seguida, á semejanza de Escipion, aparta á los ciudadanos del designio de abandonar la patria; pinta las crueldades ejercidas en el pretorio, donde ha ido á acompañar á sus her-

manos, y toma ocasion, del exceso de los males padecidos, para reprender los pecados cometidos antes, los odios, la maledicencia, las blasfemias, haciendo esperar que la solemnidad de la próxima pascua será un día de reconciliacion entre el príncipe y el pueblo.

Los filósofos, de que habia grande afluencia en Antioquia, abandonaron la afligida ciudad; pero los monjes de aquellos contornos salieron de su retiro con el fin de aplacar á los miembros de la venganza imperial. Uno de ellos, Macedonio, sin más autoridad que la que su virtud le infunde, detiene en la calle á los dos comisarios y les dice: «Por elevado que se halle el emperador siempre es un hombre, y por consiguiente está obligado á pensar en su naturaleza, no ménos que en su categoría. Aquellos á quienes manda son lo mismo que él imagen de Dios supremo; cuide, pues, de no provocar al Omnipotente destruyendo las imágenes vivas de la naturaleza divina, para vengar un ultraje dirigido contra las imágenes inanimadas de su cuerpo. Es fácil sustituir otras estatuas á las que son destruidas; pero todo su poder no bastaria á devolver una de las muchas vidas que ha arrancado.»

Todos los anacoretas manifestaron en seguida intencion de ir juntos á Constantinopla á fin de implorar la clemencia del emperador, si bien los ministros prometieron llevarle la súplica redactada por ellos, y, enternecidos de tanto sacrificio, partieron á consultar la voluntad del soberano del imperio. Acordándose Teodosio, cuya cólera se habia apaciguado, de las palabras de Flavio, segun las cuales el mayor homenaje que se puede tributar á la religion era imitar á su fundador divino, perdonando á semejanza suya, concedió una amnistia generosa.

Fueron devueltos los bienes confiscados, y Antioquia tornó á ser capital del Asia. El emperador alabó y recompensó á los que habian sabido resistir su cólera, haciéndoles experimentar cuán dulce era perdonar. *Cese la ceguedad de los paganos, exclama San Crisóstomo; y al saber por un emperador y por un obispo cual es nuestra filosofía, renuncien á sus errores para abrazar una religion que engendra tan eminentes virtudes.* De este modo, no teniendo todavía poder la Iglesia para elevar al pueblo á la idea